

AÑO ELECTORAL

SIC no es revista de partido. Pero SIC no es ni quiere ser apolítica. Ni neutrales, ni independientes, ni apolíticos, queremos leer el proceso electoral desde la esperanza de un cambio en Venezuela; un cambio en la manera de funcionar la economía, la sociedad y la política que tantas veces hemos señalado y ha señalado el país como nefasto. Quisiéramos mantener un empeño decidido por analizar y leer los acontecimientos de la política —es decir del poder— desde el punto de vista de los que no tienen poder y por ello son oprimidos. Porque es fomentar un engaño alentar la esperanza de cambio de los actuales beneficiarios del poder.

LO QUE NO DEBE SUCEDER

4 de diciembre de 1978. Tenemos nuevo Presidente. De los nombres de Luis Herrera y Luis Piñerúa parece depender la vida venezolana. Ha triunfado uno; ha sido derrotado el otro. Si AD va a permanecer en el gobierno no se debe a méritos propios sino a la falta de convicción, vigor y seriedad de COPEI. Si el triunfo lo celebran los copeyanos, se lo deben a los desastres del gobierno y la reacción antiadeca de la mayoría. Y si el triunfo queda entre esos dos partidos, tampoco se debe al entusiasmo que despiertan sino a la falta de una alternativa socialista que se haya ganado la confianza de la mayoría.

Las elecciones han sido un gran carnaval, un largo y costoso carnaval. Atrás quedan los quinientos millones de bolívares botados en propaganda, decenas de millones de horas de trabajo perdidas, muchos cientos de miles de cervezas vaciadas para engañar al pueblo llevándolo y trayéndolo como comparsa. Por fin ha cesado la desbordada catarata de palabras vanas pronunciadas como promesas irresponsables. Después de haber pagado un precio tan alto e incluso haber tributado cierta emoción final apostando al gallo ganador, el país necesita esperar contra toda esperanza. A pesar del gran desengaño de los partidos necesitamos creer para tener unas Navidades alegres y salir un poco de la cárcel pesada de una realidad política antinacional. A lo mejor el nuevo gobierno de 1979 nos trae la suerte... Esto tiende a suceder. Esto no debe suceder. Nadie que sea sensato puede desearlo. Los mismos candidatos y partidos así lo han expresado. Basta recordar las recientes declaraciones de Eduardo Fernández de COPEI y la repetida insistencia del excelente columnista de AD, Luis Esteban Rey. Pero la inercia y la rutina nos llevan, contra nuestra voluntad, hacia allá.

¿PRORROGA DE LA ULTIMA OPORTUNIDAD?

A los 20 años del 23 de enero se han agotado, la memoria de la execrable dictadura, las ilusiones de justicia para todos los venezolanos y las realizaciones de los primeros quinquenios. ¿Puede el país permitirse el lujo de llegar a diciembre con la seguridad de que nada importante va a cambiar? Porque dígame lo que se diga, ni en AD ni en COPEI hay fe en que su triunfo vaya a cambiar algo en la distribución de la riqueza nacional, en la eficacia del aparato burocrático, en los servicios públicos, en el saneamiento de la corrupción, en la situación de dominación económica externa... Al menos si no hay un cambio radical en la campaña misma.

Bien que mal en estos veinte años de democracia había tareas señaladas y vividas con ilusión: la reforma agraria, la industrialización, la expansión educativa, la ampliación de los servicios públicos y en el orden político el afianzamiento de la democracia amenazada por las armas. Ya al final del período de Caldera esas banderas lucían agotadas: unas a causa de su realización y otras debido a su vaciedad, inautenticidad o a la mayor urgencia de problemas creados por la propia democracia. El actual Presidente con su estilo peculiar agregó a aquella situación de desaliento final, una "última oportunidad": su período de gobierno. La rasgada oratoria inicial, su estilo ejecutivo y el desbocado populismo, se daban la mano con los cuadruplicados ingresos petroleros para lograr un asombroso reverdecer de esperanza ejecutiva en la democracia. Las nacionalizaciones del hierro y del petróleo dieron nuevo aliento. Después se precipitó todo a tierra a medida que los hechos desenmascaraban la tramoya de las palabras, el escándalo de los negocios, el insulto nacional de una mayor concentración de la riqueza. La terca realidad de un modelo inhumano de desarrollo y de una burocracia corrupta e ineficaz imponía su evidencia hasta a los más fanáticos partidarios del gobierno.

TOMAR EL AGUA EN LAS CABECERAS

¿Y ahora qué? Al comienzo de año es cuando hay que realizar un gran cambio en el año electoral, si es que se desea algún cambio en el próximo período. Tal como vamos, las elecciones cada cinco años son un costo nacional que se paga para agitar con ilusión las aguas estancadas de la esperanza a fin de que no se pudran del todo. Después empezará el mismo ciclo: el primer discurso alentador del nuevo Presidente acompañado de las caras nuevas de los ministros, algunas medidas espectaculares, los cien días de gobierno; luego vendrá la frustración creciente; más tarde la resignación —“esto no lo remedia nadie”—; y por fin de nuevo las promesas y esperanzas de los nuevos candidatos que inician otro ciclo igual. De manera que nuestra democracia además de ser menos inhumana que la dictadura, goza de la variedad de las cuatro estaciones de la frustración. Todo ello si en el camino no se atraviesa algún militar que se vale del cansancio y desengaño de los principales partidos y de la propia democracia.

Este futuro sombrío no se evita “elevando el tono” del debate electoral (cosa muy importante), sustituyendo con la cortesía los actuales insultos entre presidentes, expresidentes, cuasipresidentes y candidatos a presidentes. Que se acaloren, que se insulten si es necesario, que se desmelenen, pero que, por favor, aborden los problemas reales del país en forma seria y realista. Hasta ahora estamos escuchando tonterías y presenciando escupitajos verbales. El chantaje de la derecha al proclamar “asunto no grato” todo aquello que aborda lo que verdaderamente duele a los venezolanos está teniendo éxito. Frente a la vana ilusión necesitamos una campaña que diga las verdades crudamente al país, que combata las falsas esperanzas, exija cambios profundos, que plantee pasos graduales, modestos pero concretos y constantes para llegar a un gobierno sin milagros, sin decretos espectaculares, sin operativos de quince días, sin discursos incendiarios pero gobierno de veras. Los males de la nación y de la democracia exigen una nueva manera de hacer política tanto de parte de los que defienden el sistema capitalista como de quienes proponen la alternativa socialista. Nada de denuncias abstractas, nada de promesas apocalípticas. Soluciones concretas. Si queremos que el próximo gobierno sea distinto y que recupere la fe perdida en la democracia, tiene que ser distinta la campaña electoral. De ello serán responsables los partidos sí, pero también los empresarios que son los músicos que con sus sones imponen el ritmo de baile a los partidos defensores del sistema. Serán responsables los partidos socialistas que deben diferenciarse claramente de los otros y rescatar la confianza para la democracia y el socialismo; estos no van a ganar la presidencia, pero pueden dar un salto importante en la organización, clarificación y crecimiento del poder popular.

¿QUE PODEMOS HACER?

También a los medios de comunicación en el año electoral les viene su deber de lo que quieran que ocurra en el próximo período. La primera tendencia de quienes hacen una revista (también de nosotros) y de quienes la leen es dejarse arrastrar por la farándula politiquera; llenar las páginas de chismes, encuestas, anécdotas, conjeturas, promesas, cursilerías sobre la vida de los candidatos... como en vísperas de la pelea de Clay y Norton. Esto gusta a todos, a los que hacen la revista y a los que la leen.

SIC preferirá resistir esta deformación profesional y tomar la actitud antipática de ahondar más allá de promesas, partidos y candidaturas en los problemas de fondo que están en juego en este año 1978. En el número 400 de diciembre del 77 señalamos los ingentes problemas que se acumularán en el país en la próxima década si no hay un cambio. Analizar todo lo que se opone al cambio, a la correlación nueva de fuerzas sociales que permita a la mayoría nacional tener una expresión política no mediatizada por los grupos dominantes. Estudiar lo que se opone de parte de los privilegiados económicos y de la inercia burocrática, de la falta de seriedad y trabajo de los partidos, de la falta de organización y visión de la población trabajadora. Todo esto nos interesa más que el número de asistentes a un mitin o a la primicia de las encuestas más o menos adulteradas.

SIC, si quiere ser fiel a su pretensión de revista de inspiración cristiana, deberá tratar de ser en política voz de los que no tienen voz, un aporte decidido aunque pequeño a la esperanza de los pobres. Sus obligaciones están ahí y no en la fidelidad a este o a aquel partido. En esa tarea tratará de mantener la máxima objetividad sin hacer el juego a los intereses creados, ni presentar estas apuestas electorales como verdaderas consultas donde el pueblo efectivamente decide su destino y la apropiación social de los inmensos recursos del país y el destino de sus hombres. Quien quiera conocer si mantenemos una línea cristiana deberá consultar, no nuestra identificación con tal o cual partido se llame o no cristiano, sino aquel otro distintivo tomado del Evangelio de que lo cristiano es “buena noticia” para los pobres. Y en Venezuela los numerosos hombres honestos y capaces que trabajan en los partidos son quienes pueden y deben renovar la política y dar asideros reales a la esperanza de la mayoría. Porque la política sin partidos es dictadura.